



Seix Barral Biblioteca Breve

Héctor Abad Faciolince

El olvido que seremos



Con el éxito de su libro *El olvido que seremos*, dedicado a la memoria de su padre, el escritor y periodista colombiano Héctor Abad Faciolince logró el reconocimiento ya no sólo de su país de origen, sino de toda América Latina y España. Con catorce ediciones en Colombia y tres en España desde su publicación en 2006, este libro de difícil clasificación (¿testimonio?, ¿ensayo?, ¿memorias?, ¿novela?) ha logrado cosechar un sinnúmero de comentarios elogiosos y ha ubicado a su autor como uno de los más representativos escritores latinoamericanos del momento.

Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1958) se ha desempeñado como periodista, traductor, editor y escritor. Autor del libro de cuentos *Malos pensamientos* (1991), las novelas *Asuntos de un hidalgo disoluto* (1994), *Fragmentos de amor furtivo* (1998), *Basura* (2000, ganadora en España del primer Premio Casa de América de Narrativa Innovadora) y *Angosta* (2004). Es, además, autor del libro de "género incierto" denominado *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1996, traducido al alemán, italiano, griego y portugués), los libros de ensayos breves *Palabras sueltas* (2002) y *Las formas de la pereza* (2007), así como la crónica de viajes *Oriente empieza en El Cairo* (2002). Como periodista, ha sido columnista de las revistas *Cromos*, *Cambio*, *El Malpensante* y de los periódicos *El Espectador*, *El Colombiano* y *El Nacional* de Caracas. Abad Faciolince vive actualmente en Medellín y trabaja como columnista de la revista *Semana* de Bogotá.

El olvido que seremos

***El olvido que seremos* fue un libro cuya escritura, como tú mismo has dicho, ocupó tus pensamientos durante casi veinte años. Ahora ya está escrito y ha sido recibido de manera muy positiva por los lectores y la crítica. ¿Qué sientes? ¿Satisfacción, vacío, alivio, nostalgia?**

Ni mis editores ni yo creímos nunca que el libro fuera a tener tantos lectores ni tantas reseñas entusiastas. Para mí era un libro casi privado, escrito en primer lugar para mis hijos y mi familia. Para que mis hijos entendieran el pasado del que venían y para que comprendieran algunas obsesiones mías. Escrito también no para mi padre, pues él no lo puede leer (no creo en la vida después de la muerte), pero sí por mi padre, por su memoria, por su vida. Yo siento una gran tranquilidad después de haber escrito el libro; era algo que tenía que hacer, uno de los pocos deberes ineludibles de mi trabajo como escritor y de mi responsabilidad como persona.

En *El olvido...* dices: "Mi vida y mi oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que siento que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir, hasta ahora" (232). ¿Fue alguna circunstancia en particular que te permitió escribir este homenaje después de 19 años, o fue simplemente un producto de la reflexión de todos esos años?

Ninguna circunstancia en especial, sino la constancia de los años. Como una y otra vez lo intenté sin éxito, pero nunca dejé de intentarlo, un día, al fin, me di cuenta de que había hallado el tono adecuado. Adecuado, al menos, para llegar hasta el final de la historia. Si escarbo entre mis papeles encuentro muchos intentos fallidos, e incluso en mis libros publicados hay intentos de contar episodios de la vida o la muerte de mi padre. Diría que en todos los libros se me salía un pedazo de esta historia, pero sólo esta vez pude llegar hasta el fondo.

Tú describes a tu producción anterior a *El olvido...* como "divertimentos y allegrettos de palabras" (*Las formas de la pereza*, 110), a los cuales te has dedicado mientras maduraba el proyecto del libro dedicado a tu padre, y a los que retornarás sin remordimiento una vez concluido ese trabajo. ¿Consideras realmente tu trabajo literario anterior solamente como una práctica de "el viejo arte de la evasión"? ¿Incluyes también en esa descripción a novelas como *Angosta* o *Basura*?

Tal vez fui un poco injusto con mis libros anteriores. Yo tiendo a menospreciar lo que he hecho en el pasado. Vivo muy intensamente el presente y el pasado se me va borrando. Lectores que me quieren dicen que las cosas no son así. Tal vez algún día yo llegue a decir que tampoco *El olvido...* es literatura

bien escrita. Tengo muchas dudas sobre lo que ya publiqué; afortunadamente confío en lo que estoy haciendo. Es cuando pasa el tiempo que me parece que ya no sirve, que ya no vale. Uno no sabe nunca bien si lo que escribe vale la pena o no, pero yo no sirvo para otra cosa.

Europa

Hace poco concluíste tu período de trabajo en Berlín, como becario del Servicio de Intercambio Académico Alemán. Cuéntanos algo de esta etapa: ¿qué ha significado para ti, en el plano laboral y qué te ha aportado como experiencia personal?

La del DAAD es una beca extraordinariamente generosa: un año sin compromisos, con todo el tiempo para leer y escribir y pasear, y sin ninguna obligación. Es el ideal y el paraíso del antiguo mecenazgo europeo. No escribí mucho, pero sí leí, pensé, caminé, viví intensamente en una ciudad que es muy agradable. Museos, bicicleta, parques, exposiciones, amigos, comida, cerveza. Digamos que fue un año de felicidad y que también allí se gestó la idea y los primeros pasos del libro que sigo escribiendo. La historia es bonita, y se la debo a la paz de Berlín.

Tú has dicho en una entrevista: “No me gusta ese miedo, esa xenofobia que hay en el primer mundo contra nosotros.” ¿Cómo has percibido el ambiente europeo en ese sentido, desde tu estadía en Berlín y tus frecuentes viajes?

Yo no he tenido dificultades. En Berlín nunca me hicieron sentir mal. Lo cierto es que yo me puedo camuflar como un europeo del sur, y eso hace mucho más fáciles las cosas. Si eres negro o aborígen australiano o indio suramericano, la cosa es a otro precio. La gran mayoría de los europeos no son racistas ni xenófobos, pero hay un porcentaje alto de personas que sí lo son. La inmigración es un gran problema del siglo XXI. Habrá que definir qué porcentaje de población foránea están dispuestos a aceptar los europeos. Yo creo que si se llega paulatinamente a un 20 o 30 por ciento de población de orígenes étnicos distintos, los europeos no deben temer por la desaparición de su cultura, y sí por un enriquecimiento cultural, económico, comercial. El miedo que a mí más me molesta es el de las visas y los controles paranoicos, como si todos fuéramos terroristas; eso es inaceptable.

Literatura

Si bien te dedicas fundamentalmente a la narrativa, muchos de tus libros no pueden clasificarse en géneros tradicionales: narrativa “innovadora”, homenaje, testimonio, “divertimento”. ¿Es una característica personal tuya la de borrar o transgredir las fronteras de los géneros o es algo común a los escritores latinoamericanos actuales? Tú has hablado de la “hibridación” de la novela contemporánea. ¿Te refieres a este fenómeno?

Creo que hay dos tipos de artistas: los que hacen toda la vida variaciones sobre una misma obra, y los que en cada período de su vida se enfrentan con problemas distintos y tratan de meterse por un nuevo camino. Hay pintores que hacen básicamente toda la vida el mismo cuadro (Botero), o que escriben el mismo libro (Rulfo, en parte García Márquez) y pintores que varían (Picasso) o escritores que buscan (Calvino). No creo que unos sean mejores que otros, sino que es cuestión de personalidad. Hay gente más fiel a lo que hace y a su vida y a sus obsesiones. Otros nos aburrirnos y somos infieles. Ni una postura ni la otra es garantía de nada; es una actitud vital que tiene que ver con la personalidad. A mí me aburriría mucho hacer siempre cosas parecidas y por eso cada libro mío tiene poco que ver con el anterior.

SEPTIEMBRE DE 2007

EL OLVIDO QUE SEREMOS, DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE POR ESTHER ANDRADI

De Agamenón para acá, padre es el que hace la guerra, el orden frente al caos, la autoridad frente a la desobediencia. Y si no es el mismo Dios, pues es el que negocia con los dioses. El ateniense sacrifica a Ifigenia para que el viento inflame las velas; el patriarca propone y dispone, el padre es la ley y la patria su territorio. Y sin embargo hasta el orden simbólico sufre sus cimbronazos.

Matar al padre, predestinó el psicoanálisis. Y Alexander Mitscherlich, de la Escuela de Frankfurt, exploró la ausencia de la paternidad en la sociedad alemana de posguerra. Genio sin imagen, a la deriva de una teoría que lo recupere y lo salve, el relato del padre en Occidente intenta reflejar su complejidad desde la tragedia, aún antes de la escritura. Por la carga ideológica en torno a esta figura, a menudo densa y en estrecha relación con el rol autoritario de los patriarcas –léase dictadores– latinoamericanos, cualquier versión en contrario no sólo llama la atención, también es bienvenida, porque la paternidad suele brillar por su ausencia, según las estadísticas, en el fragor cotidiano de la vida familiar.

En ese sentido, *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1958) es un libro “padre” como dirían en México –que es así como la lengua popular define todo aquello más que bueno–, por su calidad narrativa y sobre todo porque el protagonista de la historia es el doctor Héctor Abad (1921-1987), un progenitor diferente: “Cristiano en religión, marxista en economía y liberal en política”.

El médico Héctor Abad, en efecto, era un convencido de la necesidad del compromiso social de la medicina en países devastados por la pobreza como Colombia. Durante toda su vida batalló por la paz, la tolerancia y la justicia, se encerraba en su estudio a oír a Bach y Beethoven para sanar su pena y su rabia, y confiaba en el amor a rajatabla, el amor por la vida, por los hijos, por el arte y por la justicia. Lo amenazaron muchas veces pero él no quiso exiliarse ni tampoco calló, en sus audiciones radiales y en

sus escritos siguió denunciando a los ejecutores de la violencia que desgarraba a su país, a sus cómplices y a sus mentores. Hasta el 25 de agosto de 1987 en que dos sicarios vaciaron los cargadores sobre su cuerpo frente al Sindicato de Maestros de Medellín. Tenía 65 años, vestía saco y corbata, y en el bolsillo de su pantalón llevaba un soneto de Borges, "Epitafio", acaso un apócrifo, y cuyo primer verso reza: "Ya somos el olvido que seremos..."

La mano, la memoria, el alma del escritor necesitaron cincelarse durante dos décadas para abordar la escritura de esta pérdida. "Me saco de adentro estos recuerdos como se tiene un parto, como uno se saca un tumor", cuenta Héctor Abad Faciolince, quien escribió entre otras las novelas *Basura* (2000, Premio Narrativa Innovadora Casa de América) y *Angosta* (2003). Y no hay duda que el tiempo ayudó no sólo a madurar el trazo sino también a encontrar el tono adecuado en una tradición literaria donde prevalecen el padre autoritario, el tirano y el patriarca. Mientras la figura del padre de Kafka se impone sobre su labor y sobre su existencia, y Joseph Roth confiesa: "Yo no tuve padre, en el sentido que nunca conocí al mío...", el narrador colombiano en cambio escribe: "Amaba a mi padre por sobre todas las cosas... Amaba a mi papá con un amor animal. Me gustaba su olor, y también el recuerdo de su olor... Me gustaba su voz, me gustaban sus manos, la pulcritud de su ropa y la meticulosa limpieza de su cuerpo".

Por eso quizá el relato *El olvido que seremos* cobra grandeza a partir de la extrañeza. ¿Es posible este padre amoroso? Se carcajea más que sus hijos, llora a mares cuando está triste, canta tangos y escribe poemas. Tampoco es el sostén económico de la familia –al igual que en la antigua Grecia, en el gineceo de la familia Abad, del dinero y el presupuesto familiar se encargó la madre por vocación, en una división de roles totalmente atípica. O por lo menos a contramano de la estadística, que si bien incorpora la jefatura de familia en la mujer en los hogares con ausencia del padre, éste no era el caso del médico Abad. Esta madre entiende además su función de proveedora como un acto más de amor hacia su esposo y a *su prole, convencida que de esa forma el médico puede

dedicar más tiempo a sus ideales. Por si fuera poco el doctor Abad educa a su prole a fuerza de abrazos, con amor protege y rodea esa familia en una caricia permanente, como un útero placentero y seguro en medio de una sociedad atravesada por la violencia intrafamiliar, política, institucional e histórica.



“La idea más insoportable de mi infancia era imaginar que mi papá se pudiera morir, y por eso yo había resuelto tirarme al río Medellín si él llegaba a morirse”. Hay que imaginar al escritor, adulto, “nunca tanta sangre” en sus manos como la que brotó aquel día del cuerpo inánime de su padre. Imaginarlo durante años escribiendo otras novelas, hasta que un día decide ya no tirarse al río Medellín y en cambio relatar la vida

de ese hombre amado hasta poner orden en los cajones, cicatrizando la herida desde la memoria. Un poco como quería Nietzsche escribir “para sobreponerse a la realidad”. El resultado es la historia verídica del médico Héctor Abad contada con los recursos de la novela y que a la vez es carta, testimonio, documento, ensayo y biografía; cuarenta y dos capítulos que son la saga de la familia del escritor, iluminando la historia de Colombia de las últimas décadas desde el lugar del amor y la justicia, aunque sin poder evitar la pregunta con la que comienza y termina el libro. El por qué de la muerte.

La vida es una herida absurda, dice el tango, ése que tanto le gustaba cantar al doctor Abad. Pero la vida no tiene cura. Ya lo dijo Artaud. ~

Los sonetos, de J. L. Borges

I

*Encorvados los hombros, abrumado
por su testa de toro, el vacilante
Minotauro se arrastra por su errante
laberinto. La espada lo ha alcanzado
y lo alcanza otra vez, Quien le dio muerte
no se atreve a mirar al que fue toro
y hombre mortal, en un ayer sonoro
de hexámetros y escudos y del fuerte
batallar de los héroes. Ilusoria
fue tu aventura, trágico Teseo;
de la bifronte sombra la memoria
no ha borrado las aguas el Leteo.
Sobre los siglos y las vanas millas
ésta da horror a nuestras pesadillas.*

II

*Me pesan los ejércitos de Atila,
las lanzas del desierto y las murallas
de Nínive, ahora polvo; las batallas
y la gota del tiempo que vacila
y cae en la clepsidra silenciosa
y el árbol secular donde clavada
por Odín fue la hoja de la espada
y cada rosa y cada primavera
de Nishapur. Me abruman las auroras
que son y fueron los ponientes,
el amor y Tiresias y las serpientes
las noches y los días y las horas.
gravitan sobre la sombra que soy.
La carga del pasado es infinita.*

III

*Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán y que es ahora
todos los hombres y los que seremos.
Ya somos en la tumba las dos fechas
del principio y el fin, la caja,
la obscena corrupción y la mortaja,*

*los ritos de la muerte y las endechas.
No soy el insensato que se aferra
al mágico sonido de su nombre;
pienso con esperanza en aquel hombre
que no sabrá quien fui sobre la tierra.
Bajo el indiferente azul del cielo,
esta meditación es un consuelo.*

IV

*Los ordenes de libros guardan fieles
en la alta noche el sitio prefijado.
El último volumen ha ocupado
el hueco que dejó en los anaqueles.
Nadie en la vasta casa. Ni siquiera
el eco de una luz en los cristales
ni desde la penumbra los casuales
pasos de vaga gente por la acera.
Y sin embargo hay algo que atraviesa
lo sólido, el metal, las galerías,
las firmes cosas, las alegorías
el invisible tiempo que no cesa,
que no cesa y que apenas deja huellas.
Ese alto río roe las estrellas.*

V

*¡Cuántas cosas hermosas! Los confines
de la aurora del Ganges, la secreta
alondra de la noche de Julieta.
El pasado está hecho de jardines.
Los amantes, las naves, la curiosa
enciclopedia que nos brinda ayer,
los ángeles del gnóstico, los seres
que soñó Blake, el ajedrez, la rosa,
El cantar de los cantares del hebreo,
son la flor que florece en el desierto
de la atroz Escritura, el mar abierto
del álgebra y las formas de Proteo.
Quedan aún tantas estrellas.*